

incorruptibilidad; una reina, á causa de su esplendor; una hija, para significar sus relaciones con Dios; la Iglesia da á luz siete hijos despues de haber sido estéril. Mil nombres diversos se emplean para realzar su nobleza. A semejanza de su divino Maestro, que lleva un gran número de nombres, hermano, via, vida, luz, fuerza, propiciacion, fundamento, puerta, pureza, tesoro, Señor, Dios, hijo, hijo único, figura de Dios, imagen de Dios, de igual modo la Iglesia ha recibido una multitud de denominaciones ¹.

308. La Iglesia, en efecto, ha venido á ser un poder tan vasto como el mundo, un imperio digno de su fundador, donde se confunden en uno para siempre los griegos y los bárbaros. Ella es quien ha enseñado á las naciones el secreto de una unidad superior, que las ha ennoblecido y sentado sobre más sólidos fundamentos. Con pobrisimos recursos, con hombres débiles por instrumento, cercada de constantes peligros, ella ha conquistado su libertad y su independencia. Esta libertad pudo ser defendida y avanzada contra nuevos ataques merced á la abundancia de sus medios espirituales y temporales, y al propio tiempo ella fué saturando de su espíritu la vida de los pueblos y de los individuos. La primitiva sencillez, siempre agradable por sí misma, pero al fin imperfecta en sus manifestaciones, en su culto, en su enseñanza y sus ceremonias, fué reemplazada por el encanto y los atractivos de lo bello, por la espléndida madurez y la plenitud de figuras exteriores, sin que se hiciera desaparecer de la vida cristiana aquella amable sencillez. Habia sonado la hora de derramar hácia afuera los sentimientos del alma cristiana, pidiendo su concurso á las obras de arte. Las fuerzas que parecian dormir en la Iglesia fueron despertadas; los Papas y los Concilios trabajaron de concierto en la extirpacion del mal y en la propagacion del bien. Instituciones grandiosas sucedieron á humildes ensayos; la vida ascética, tan sencilla en sus principios, produjo vastas corporaciones religiosas; el lenguaje candoroso del Nuevo Testamento suscitó maravillosos trabajos, modelos literarios, acciones heróicas, institutos gigantescos dedicados á la práctica de la caridad; por encima de las estrechas galerias de las antiguas catacumbas, se elevaron magnificas catedrales. Lo sobrenatural trasfiguraba cada vez más todas las condiciones humanas, sin derribar por eso las leyes de la naturaleza. Los pueblos de cultura griega y romana llegaban al fin de su mision; otros pueblos jóvenes y nuevos se colocaban ahora á la cabeza, y entre ellos la Iglesia iba á continuar su mision con más gloria que ántes.

1. S. Crisost., *Homilía en defensa de Eutropio*.

SEGUNDA ÉPOCA

LA EDAD MEDIA

TERCER PERÍODO

Desde los principios de la Iglesia entre los germanos hasta la muerte de Carlo-Magno (814)

INTRODUCCION

Un cambio prodigioso se ofrece á nuestra vista desde el punto en que entramos en la época de la Edad Media. El teatro de los grandes sucesos retrocede más y más hácia el Occidente y el Norte; los germanos y los eslavos fundan imperios, y con su ingreso en la Iglesia modifican la propia constitucion bajo muchos aspectos. La Iglesia habia encontrado entre los pueblos de cultura griega y romana una civilizacion adelantada, para enoblecere la cual bastaba sólo descartarla de las corrupciones del paganismo. No así con las naciones eslavas y germánicas, á las que era preciso arrancar desde luégo de sus costumbres salvajes, y hacer penetrar entre ellas los primeros fundamentos de la civilizacion; era menester principiar por educarlas con solicitud igual á la que reclamarían las más tiernas criaturas. Anteriormente, la Iglesia habíase visto en presencia de un órden político regular, de una literatura llegada á su apogeo. Ahora será preciso que se afane por fundar nuevos Estados, por crear una jurisprudencia y una literatura nuevas. Ha de comenzar por sembrar los gérmenes de una moral verdaderamente humana, por desmontar los bosques, desecar los pantanos, introducir la agricultura, desembarazar, en fin, el terreno físico y moral, á fin de poder asentar en sólidas bases los nuevos Estados.

Su mision no se limita sólo á pacificar y enoblecere: aspira á transformar lo que existe, y á crear lo que aún falta; su obra de educacion ha de ser verdaderamente radical. A medida que la grosería y la barbarie vayan desapareciendo, su actividad se irá desplegando y extendiendo, y se engrandecerá tambien su influencia en la vida política y social. A las obras que la Iglesia llevó á cabo en esta época, debemos nuestra civilizacion; y ésta desaparecería por sí misma desde el punto en que se pretendiera quitarle sus fundamentos cristianos para reemplazarlos con las bases del antiguo paganismo. La Iglesia era la única en-

tónces que comprendía esta gran idea de la civilización de los bárbaros, y ella sola era también capaz de realizarla. Lo mismo que en otros tiempos los doce Apóstoles, animados del espíritu de Dios, habían llevado al mundo pagano las luces de la revelación, ahora los misioneros, libres de los cuidados de la vida terrenal, conducen hácia la civilización y la ciencia á pueblos feroces y derraman por ellos su sangre generosa. Sólo los ministros de la Iglesia podían tener para ejecutar esta obra bastante energía, bastante perseverancia, ciencia y madurez; sólo ellos tenían voluntad y poder para disipar las tinieblas intelectuales de los bárbaros.

Ellos dieron un asilo al saber antiguo, y lo cultivaron por sí mismos, á la vez que velaron por los intereses temporales y espirituales de sus protegidos. Superiores á las injurias, así como á la ingratitud, se interesaron por los desdichados y los débiles, lucharon contra las preocupaciones dominantes y contra la superstición, dulcificaron las costumbres de los grandes, moderando sus trasportes de ardor guerrero. Protestaron contra el tráfico de hombres, restringieron y disminuyeron los rigores de la esclavitud, templaron los combates sangrientos, favorecieron los progresos de la caballería y de los Municipios, y purificaron la legislación civil. Así fué como poco á poco todo se impregnó del espíritu cristiano, la familia, las alianzas, los pueblos, los Estados. La idea de la monarquía cristiana fué aceptada con entusiasmo, y halló su más alta expresión en el Imperio romano, que, extinguido en Occidente desde 476, iba á ser restaurado por la Iglesia, aunque rara vez hubiera él de corresponder á su elevada misión.

Cuanto más grande era la influencia de la Iglesia, tanto mayor era la de su centro, el primado pontificio, y recíprocamente. Los Papas, por un admirable concurso de circunstancias, vinieron á ser soberanos temporales, y así fué asegurada la independencia de la Santa Sede, aunque á menudo amenazada por las luchas de los partidos. Los Papas se pusieron á la cabeza de la gran familia de los pueblos europeos. Investidos de suprema jurisdicción, respetados y celebrados como los vengadores del derecho y de la justicia, nada les faltaba para enfrenar el orgullo nacional de los pueblos, para combatir la insubordinación de los súbditos, así como la tiranía de los gobernantes, para restringir los intereses particulares, dirigir las empresas comunes y asegurar por todas partes el predominio de la ley divina. Se quería que el espíritu del cristianismo dominase todos los asuntos de la vida; el Estado se subordinaba á la Iglesia como á poder superior, y él ganaba en esto el que se redoblase su fuerza y se acrecentase su autoridad moral. Era la alianza de la religión y la verdadera libertad, cosas ambas muy caras al pueblo cristiano y protegidas por el Papa y los Obispos.

A pesar de los abusos, de los excesos inseparables de la flaqueza humana, los pueblos de Occidente se elevaron bajo la tutela de la Iglesia á un alto grado de prosperidad; ellos desarrollaron una literatura nacional llena de vigor; libres del despotismo, de la corrupción moral y de la anarquía, llegaron bajo tal custodia á una civilización eminente, que ha marcado con su sello las maravillas del arte, especialmente las de la arquitectura, los trabajos y las instituciones científicas, singularmente las Universidades. Sin renunciar á su genio propio, se hallaron reunidos en un organismo vasto como el mundo, y que es el que ha conservado el equilibrio político, mejor que lo han hecho despues que fueron repudiados los antiguos principios, la política del egoísmo y del interés, el temor á los adversarios, los congresos de la diplomacia y los tratados internacionales.

Enfrente de esta vida llena de lozanía y de entusiasmo que ofrece el Occidente, el Oriente presenta á las miradas el triste espectáculo de la decadencia y el estancamiento. Los mahometanos causaron al cristianismo pérdidas lamentables; pero mientras que ellos arrebatában más de la mitad del Imperio romano oriental, y exponían el resto á incansables amenazas, los pueblos enérgicos de Occidente les hacían una resistencia heroica. Provincias cristianas en otro tiempo florecientes fueron completamente arrancadas á la Iglesia oriental y llegó á ser posible humanamente el temor de la extirpación del cristianismo. Mil influencias funestas se hacían sentir allí; los cristianos de estirpe griega se apartaban insensiblemente de los de la raza latina, y se dejaban arrastrar á divisiones renovadas sin cesar. El despotismo de los Emperadores arrebató á la Iglesia griega, junto con su independencia y dignidad, la fuerza para resistir con éxito al islamismo; las sectas se multiplicaron en su seno, y la vida religiosa se extinguió lentamente.

En cuanto al Occidente, las virtudes continuaron floreciendo en él, mientras el principio de autoridad permaneció allí inviolable, mientras la fe conservó su acción vivificante sobre las diversas clases de la sociedad, y la soberanía de Cristo halló almas dóciles á su palabra. Cuando dejó de ser así, y el espíritu del mundo engendró la desunión de los corazones, el Occidente cayó también de la altura á que se había elevado.

INTRODUCCION. — Véase las obras póstumas de Moehler, *Hist.-pol. Bl.*, t. X, p. 564 y sig.; J. Gorré, *Sechs geschichtl. Vorlesungen*, *ibid.*, t. XXVIII, p. 307 y sig.; Broglie, *la Edad Media y la Iglesia católica*, Paris, 1852; Montalembert, en la introducción de la obra citada (A § 15, L).

CAPÍTULO PRIMERO.

LA EMIGRACION DE LOS PUEBLOS Y EL ESTADO CRISTIANO
EN OCCIDENTE.

La emigración de los pueblos.

1. Un movimiento irresistible había desde el principio arrastrado á los pueblos bárbaros del Norte en direccion al Mediodía, hácia el Imperio romano. Las provincias del Oeste no pudieron resistir á esta avalancha de naciones, y las del Este sólo consiguieron escapar con extremas dificultades. La emigración de los pueblos fué para la Iglesia de importancia decisiva. « Estos cambios violentos, dice Giesebrecht, no fueron provocados por las excursiones de algunas hordas nómadas, ó por la vida errante de tribus aventureras, sino por grandes pueblos constituidos desde mucho tiempo ántes, los cuales, seguidos de sus mujeres, llevando consigo á sus vasallos y sus bienes, abandonaron su antigua residencia para conquistar en otra parte una nueva patria. La situación de los individuos, de los municipios, de los pueblos mismos, fué modificada profundamente. Cesó por completo la condicion de las antiguas propiedades, relajáronse los vinculos existentes hasta entónces en la sociedad, y perdieron su significacion los limites de los Estados y comarcas. Así como un terremoto convierte en monton de ruinas á una ciudad entera, esta emigración en masa de los pueblos destruyó, sin dejar huella, todo el sistema político de lo pasado, y hubo de establecerse un nuevo órden de cosas que correspondia á la situación de los pueblos enteramente renovados. »

OBRA DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 1.

Giesebrecht, *Gesch. der deutschen Kaiserzeit*, I, p. 67, 3.^a ed.; Rössler, *De magna gentium migratione ejusque primo impulsu*, Tubinga, 1765; Pallmann, *Gesch. der Völkerwanderung bis zu Alarichs Tod*, Gotha, 1863; *Wietersheim* (1, § 73).

Los godos y los visigodos.

2. Ya ántes de Jesucristo, tropas inmensas de celtas procedentes de la Galia habían intentado fijarse en la Recia é Italia septentrional; habían ensayado hasta penetrar en Roma. Los cimbro y teutones, por su parte, habían hecho hácia el Sud inútiles excursiones. Bajo la dominación de los Emperadores romanos hizose cada vez mayor esta afluencia de pueblos, y Trajano miraba con pena las fronteras del Norte del Danubio. En el tercer siglo de la Era cristiana, los alemanes y suevos avanzaron

hasta el alto Rhin, y los godos, que se habían fijado entre el Don y el Theiss, penetraron hasta el Danubio y el mar Negro. Decio había succumbido combatiendo contra ellos; Aureliano les abandonó la provincia de Dacia; Constantino el Grande los venció, y los colocó entre las filas de su ejército. Los godos hicieron todavía muchas invasiones en el Imperio romano, y llevaron consigo á los prisioneros. Estos, cristianos en su mayor parte, fueron los que les dieron las primeras nociones del cristianismo. Un Obispo godo, Teófilo, se hallaba en el concilio de Nicea en 325. Veíase entre ellos sacerdotes, monjes, monjas y gran número de fieles. Bajo su rey Atanarico, los cristianos sufrían ya entre los visigodos una persecucion tan sangrienta como gloriosa.

Quando los hunnos, tribu de la Scitia, despues de haber obligado sobre el Don á los alanos á aliarse con ellos, lograron vencer á los ostrogodos y amenazar á los visigodos, estos últimos pidieron al emperador Valente que los recibiera en el Imperio romano. Valente les señaló como residencia la Tracia, bajo la condicion de que le sirvieran á título de mercenarios, y aceptasen el arrianismo. Así fué como hácia 375, bajo Fridigern, la mayor parte de los visigodos abrazaron la secta arriana. Pero no tardaron en entrar en lucha con el Imperio, cuyos gobernadores los trataban con dureza. Valente fué vencido cerca de Andrinópolis y murió miserablemente en 378. La mayor parte de los visigodos permanecieron arrianos, á pesar de las numerosas conversiones obradas por el celo de San Crisóstomo. Sin embargo, el mayor número parece que sólo fueron semiarrianos, como sucedia con su célebre obispo Ulfilas, godo de origen, capadocio segun otros, que fué consagrado en Constantinopla entre 341 y 348. Dió á los godos un alfabeto particular imitado del griego, y escribió para ellos una traduccion de la Biblia, que ha hecho de él el fundador de la antigua literatura germánica. Murió ántes de 388 en Constantinopla, sin haber renunciado al arrianismo.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 2.

Socr., II, 41; IV, 33; Soz., II, 6; VI, 37; Philost., II, II, 5; Theod., IV, 38, al 37; Cyrill., *Cat.*, x, n. 19; XIII, XL; Athan., *De incarn.*, can. LI, LII; Epiph., *Haer.* LXX, n. 14, 15; Jornandes, can. DXI, *De rebas geticis* (Murat., *Res. ital. script.*, t. I, p. 25, 87 y sig.; ed. Closs., Stuttgart, 1861).

La traduccion de la Biblia por Ulfilas, fué conocida: 1.^o, por lo que se le llamaba el *Codex Argenteus*, descubierto ántes de 1618 en la abadía de Werden, en Westphalia, despues llevado á Praga por los suecos, y finalmente á Upsal; fué publicada en 1665, por Junio, en caractéres góticos; en caractéres latinos, en 1671; en Oxfort, en 1750; por Hahn en Weissenfels, en 1805; comprende los cuatro Evangelios pero de una manera incorrecta y sin órden; 2.^o, por un fragmento de la Epístola á los romanos, hallada por Knittel en un palimpsesto de Wolfenbuttel (publicada en 1762 y sig.); 3.^o, por los fragmentos de la mayor parte de las Epis-

tolas de San Pablo, descubiertas en Milan por Angelo Mai, publicada por él y el conde Castiglioni (*ibid.*, 1819 y sig.).

Nuevas publicaciones, por Gabelentz y Løbe, *Altenb.*, 1836, 2 vol., Leipzig, 1842 y sig., sobre todo por H.-F. Maszmana, *Die hl. Schrift des A. u. N. T. in gothischer Sprache mit gr. u. lat. Text*, Anmerk. u. Wörterbuch, Stuttg., 1856. La traducción está hecha del texto griego y según la reconstrucción de Constantino. Véase además Waitz, *Ueber das Leben und die Lehre des Ulfila*, Hannover, 1840; G.-L. Krafft, *De fontibus Ulfilae arianism. ex fragm. Bob. erut.*, Bonn, 1860; Bessel, *Ueber das Leben des Ulfila und die Bekehrung der Gothen*, Göt., 1860. Bessel coloca el nacimiento de Ulfila en 311, su ordenación episcopal en 341, su muerte en 381 ó al final de 380.

Trabajos de San Crisóstomo para la conversión de los godos arrianos, *Chrys.*, *Hom. viii.*, *habita post concionem Gothi presb.*, y *Ep. xiv.*, cap. 5 (*Migne*, t. LII, p. 618; t. LXIII, p. 499 y sig.). Véase la consulta de dos monjes godos, en *Hier.*, *Ep. cvi.*, Op. I, 641, sobre la diferencia entre la traducción griega y la latina de la Biblia.

Los visigodos bajo Teodosio I.

3. Bajo Teodosio I (hacia 382) los visigodos reconocieron la dominación romana, y se obligaron a poner cuarenta mil soldados al servicio del Imperio, con la condición de que vivirían bajo sus propios jefes y guardarían sus leyes. Se les señaló para residencia la Dacia, la baja Mesia y la Tracia, y se les eximió de impuestos en su calidad de aliados del Imperio. Más tarde, descontentos de que se les retuvieran sus sueldos, irritados por Rufino, que gobernaba en nombre del emperador Arcadio, devastaron las provincias de la Iliria hasta el Peloponeso, é hicieron, bajo su valiente general Alarico, frecuentes incursiones en Italia (400, 402 y sig.). En 408 ya Alarico sitiaba á Roma y obtenía de ella sumas importantes. Presentóse allí de nuevo en 409, y le dió por Emperador al prefecto Atalo, hombre insignificante á quien destituyó en seguida, reemplazándolo con Honorio. En fin, el 24 de Agosto de 410 tomó á Roma por asalto. La ciudad fué enteramente saqueada, pero los habitantes sacaron á salvo la vida.

Alarico se retiró á la Italia meridional, donde no tardó en morir. Su cuñado y sucesor Ataulfo queria desde luego aniquilar por completo el Imperio romano, y después restablecerlo y regenerarlo con la fuerza de los godos. Concluyó por dirigirse á la Galia, se apoderó de Narbona, Tolosa y Burdeos, y más tarde de Barcelona. Su hermano Walia, después de haber debilitado á los alanos y rechazado á los suevos y vándalos, fijó su residencia en Tolosa, que llegó á ser la capital de su reino de Aquitania, la Gotia ó Septimania (415).

La Galia, donde muchos generales de Roma usurparon la dignidad imperial, estaba entónces (406-416) ocupada por diferentes pueblos que habían venido de todos los puntos del horizonte; eran especialmente los

borgoñeses, los francos, los alemanes, los vándalos, los quados, los alanos, los gépidos, los hérulos, etc. Por el mismo tiempo (409-416) los alanos, suevos, vándalos y visigodos marchaban sobre España. Sus jefes se proponían formar por todas partes, en la Galia y en España, reinos particulares.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 3.

Zosim., lib. V; Oros., lib. VII; Procop., *De bello vand.*, I, 2; Philost., XII, 2 y siguiente; Soz., IX, 4, 6, 8; Claudian., *De bello got.*; Jornand., *loc. cit.*, cap. xxx y sig.; Aug., *Civ. Dei*, I, 7; Idac., *Chron.*, an. 24 Honor.; Giesebrecht, I, p. 58 y siguientes.

Sobre los pueblos que habitaban entre el Rhin y el Océano Atlántico, los Alpes y los Pirineos, *Hier.*, *Ep. cxxiii ad Acher.*

Los borgoñones y los suevos.

4. El arrianismo había pasado de los visigodos á los ostrogodos, y después á los gépidos, suevos, borgoñones y vándalos. Estos pueblos, sin embargo, á excepcion de los vándalos y algunos reyes visigodos, trataron con respeto y moderación la religión católica de los romanos, á quienes habían subyugado, salvo algunos casos en que los católicos fueron obligados á abrazar el arrianismo. El principal enemigo de los católicos fué Eurico, rey de los visigodos de la Galia (que murió en 483), el cual, después de la muerte de Walia (419), extendió más su reino, engrandecido ya por Teodorico I y Teodorico II. Bajo su reinado se convirtieron en ruinas muchos templos cristianos, y los católicos fueron cruelmente perseguidos. Jefe de secta más bien que soberano de sus súbditos, no podía ménos de precipitar la pérdida de sus Estados; así vemos su reino, desde 507, fundirse más y más con el de los francos.

Los borgoñones, que desde el Oder al Vistula habían avanzado hasta el Rhin, eran en su mayor parte paganos. Establecieron entre el Ródano y el Saona un reino, cuya capital fué Lyon. Su rey Gondebaldo era arriano. Sin embargo, el arrianismo no dominaba entre ellos, y el obispo Paciente de Lyon (que murió en 491) estaba al frente de la población católica. Celebróse en 499 entre católicos y arrianos una conferencia religiosa, pero produjo pocas conversiones. San Avito, obispo de Viena, no tardó en adquirir influencia con Gondebaldo, que se mostró desde entónces favorable á la Iglesia católica. Su hijo Segismundo, en 517, abrazó abiertamente el catolicismo. En 534, ya el reino de los borgoñones estaba reunido al de los francos. Los suevos habían fundado un reino en España bajo su rey Rechila, aún pagano (murió en 448); Rechilario, su sucesor, era católico. El rey Remismundo, después de haberse casado con la hija de Teodorico, rey arriano de los ostrogodos

464), intentó introducir el arrianismo y persiguió á los católicos, muchos de los cuales recibieron la palma del martirio (Pancraciano de Braga, Patanio, etc.). Entre los años 550 y 560 el reino de los suevos de Galicia se convirtió al fin al catolicismo, bajo su rey Charrarich, cuando el hijo de éste, Ariamiro ó Teodomiro, curado por la intercesión de San Martín, fué convertido por el obispo Martín de Duma. En 563, un Concilio celebrado bajo el metropolitano de Braga afianzó la fe católica. En 585, Leovigildo, rey arriano de los visigodos, reunió á su territorio el pequeño reino de los suevos; el catolicismo fué tanto más amenazado cuanto que Leovigildo había hecho dar muerte á su hijo católico Hermenegildo, el cual se había casado con la princesa católica Ingunda. Sin embargo, en 589, Recaredo, hermano del santo mártir, instruido por San Leandro, arzobispo de Sevilla, abrazó públicamente el catolicismo, que se hizo entonces la religion predominante en España.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 4.

Propagación del arrianismo, *Jornand.*, loc. cit., cap. xxv. visigodos en la Galia, *Sid. Apoll.*, lib. VII, Ep. vi ad Basil. (Véase Kaufmann, *Die Werke des Ap. Sid.*, Gutt., 1860; Chaix, *S. Sidonio Apolinario*, Paris, 1867.) *Greg. Tur.*, *Hist. Fr.*, II, 25; *Jorn. Idac.*; *Tillem.*, Mem. sobre el emperador Honorio, an. 60, t. V, p. 840; *Aschbach*, *Gesch. der Westgothen*, Francfort, 1827, 2 vol.; *Rosenstein*, p. 840; *Aschbach*, *episc. coram Gallien*, 1859. — *Oros.*, *Hist.*, VII, 32, 38; *Socr.*, VII, 30; *Collat. episc. coram Gundob. R.*, *Migne*, t. LIX; *Héféli*, *Conc.*, II, página 610 y sig., 649 y sig.; *Plancher*, *Hist. de Borgoña*, Dijon, 1739; *Gelpke*, *K.-G. der Schweiz*, Berne, 1856; *Derischweiler*, *Gesch. der Burgunder*, Munster, 1863; *Binding*, *Das burgund.-rom. Königr.*, Leipzig, 1868; *Jahn*, *Gesch. der Burgund. dionen*, Halle, 1874, I. Sobre la madre de Segismundo, la reina Caratena, véase *Pagi*, an. 509, n. 5. — *Greg. Tur.*, *Hist. Fr.*, II, 25; V, 38 y sig.; VI, 43; VIII, 39; IX, 15; *Mirac. S. Mart.*, I, 11; *Juan de Biclara* (muerto hácia 660), *Chron. Idac.*; *Chron.*, p. 237; *Isid.*, *Chron.*, an. 623 de reg. Goth., in fine; *De vir. ill.*, cap. LXV; *Greg. M.*, *Dial.*, III, 31-33; *Paul. Diac.*, *De gest. Longob.*, III, 21; *Lembke*, *Gesch. Spaniens*, 1831, t. I, p. 64 y sig.; *Héféli*, *Concilios*, III, p. 13, 44 y sig.

Los vándalos.

5. En 429, los vándalos, que eran los más feroces de los pueblos germánicos, llamados por el conde Bonifacio pasaron de España al Africa del Norte, provincia romana, la cual no tardaron en conquistar bajo su rey Genserico ó Geiserico. Este Príncipe, arriano fanático, hizo sufrir á los católicos todas las vejaciones imaginables: invadió sus iglesias, arrojó á sus Obispos, hizo martirizar y condenar á muerte á multitud de fieles. Algunos Obispos fueron tambien reducidos á esclavitud. El de Cartago Quod-Vult-Dens y muchos eclesiásticos, embarcados por su orden en naves rotas y dispuestas para naufragar, tuvieron la suerte

de librarse, arribando á Nápoles. El clero arriano animaba al Rey á llevar á cabo todo género de crueldades. Los católicos no podían celebrar su culto sino en casas particulares ó en los arrabales de las poblaciones. Este despotismo bárbaro, que suscitaba en muchos de ellos dudas sobre la Providencia, conmovió profundamente á la Iglesia católica en el Africa septentrional.

Hunerico, hijo y sucesor de Genserico (477-484), mostró al principio más dulzura. Se había casado con Eudoxia, hija del emperador Valentiniano III, y el emperador Zenon le había recomendado particularmente los católicos de Africa. Concedióles el libre ejercicio de su religion y autorizó el nombramiento de un Obispo para la silla de Cartago, vacante hacia veinticuatro años. Eugenio, celoso defensor de la fe, fué elegido en 479. Desdichadamente, este favor no tardó en cambiarse en sangrienta persecucion. Acusado por Cirilo, obispo arriano, Eugenio sufrió todos los suplicios imaginables; fué encerrado en prisiones con cuatro mil novecientos setenta y seis fieles, y despues trasladado con ellos á uno de los más áridos desiertos, donde muchos sucumbieron. Hunerico confiscó los bienes de los católicos, de los cuales la mayor parte fueron relegados á las islas de Cerdeña y Córcega. Sometióse á la tortura á las vírgenes consagradas á Dios, á fin de arrancarles el testimonio de un comercio ilícito con sacerdotes de su creencia. Un coloquio religioso celebrado en Cartago en 484 entre los Obispos católicos y los arrianos sirvió de pretexto á nuevas violencias, que el papa Félix III intentó inútilmente contener por la mediación del emperador Zenon. Fueron desterrados 348 Obispos, y muchos murieron á consecuencia de los malos tratamientos que habian sufrido; otros, en gran número, recibieron á pesar suyo el bautismo de los arrianos; otros, en fin, fueron mutilados. Esta persecucion produjo número prodigioso de mártires, pero hizo brillar tambien las maravillas de la gracia divina. Los cristianos de Tipasa, á quienes se había cortado la lengua, conservaron el uso de la palabra y cantaron himnos á Jesucristo, cuya divinidad blasfemaban los arrianos. Muchos se refugiaron en Constantinopla, donde la corte imperial fué testigo de este milagro.

El sucesor del cruel Hunerico, Gontamundo (485-496), trató á los católicos con más miramientos; sin detener completamente la persecucion, llamó á los Obispos desterrados (494). Un concilio celebrado en Roma en 487 ó 488, se ocupó en adoptar medidas concernientes á los que habian sido rebautizados ó que habian caido durante la persecucion de Africa. El rey Trasamundo (496-523) quiso asegurar de nuevo el exclusivo dominio del arrianismo, é intentó, por medio de distinciones, atraerse á algunos católicos. No habiendo tenido éxito este medio

recurrió a la persecucion, al destierro, a la confiscacion de las iglesias y prohibió consagrar nuevos Obispos. Pero como su número no disminuía, desterró ciento veinte a la isla de Cerdeña, entre otros a San Fulgencio, obispo de Ruspa, grande apologista de la fe.

El rey Hilderico (523-530), alma tierna y amigo del emperador Justiniano, suspendió la persecucion y llamó nuevamente a los desterrados. Fulgencio fué recibido en Africa con aclamaciones de alegría, y en Febrero de 525 se celebraba en Cartago un Concilio de sesenta Obispos, presidido por el arzobispo Bonifacio. El Africa tenia siempre excelentes teólogos. Hilderico fué asesinado por su primo Gelimer, y era inminente una nueva persecucion. Sin embargo, en 533 el Imperio de los vándalos fué destruido por el general Belisario y el Norte de Africa reunido al imperio de Justiniano. Pero la iglesia de Africa no volvió a recobrar su primitivo esplendor.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 5.

Victor. Vitenis (487), *Hist. persecutionis africanæ sub Genserico et Hun. Vandalorum regibus* (ed. Clifflet, Divione, 1664; ed. Ruinart, Paris, 1604); Migne, *Patr. lat.*, t. LVIII; Vita S. Fulgent. ep. Rusp., Migne, t. LXXV, LXVI; Procop. *Cæs.*, De bello vand., ed. Venet., 1729; Isid. Hispal., *Hist. Vandal. et Suevorum* (625) ed. Reussler, Tub., 1803, en 4.º; Morcelli (I, § 97); L. Marcus, *Historia de los vándalos*, Paris, 1838, 2.ª ed. Coloquio religioso de Cartago. Héfelé, *Concilios*, II, p. 591 y sig. El papa Félix III, 484, Evarg., III, 20; Thiel, *Epist. rom. Pont.*, p. 279, n. 6. El milagro de Tipasa está atestiguado por Victor. Vit., lib. V, c. vi; Procop., loc. cit., I, 8; Evarg., IV, 14; Aneas Gaz. *Theophrast.*, (Migne, *Patr. gr.*, t. LXXXV, p. 1001); *Cod. Just.*, I, 37, De off. praef. praet.; Marcellin., *Com. Vict. Tinnun*. Cf. Ruinart, *Hist. persec. Vand.*, part. II, cap. vii; Gibbon, *Hist. of the decline and fall of the Rom. Empire*, Lond., 1776, VI, t. I, cap. xvi; *Concilios de Roma*, 487-488, y de Cartago, 523. Héfelé, II, p. 591 y sig., 691 y sig. — Dahn, *Könige der Germanen*, Munich, 1890. La misma, *Procopius v. Cæs.*, Berlin, 1865; Papencordt, *Gesch. der vand. Herrschaft in Afrika*, Berlin, 1838. Katerkamp, t. III, p. 333 y sig.; Herm. Schulze, *De testamento Genseric*, 1869.

Los hunnos.

6. El mismo peligro que había amenazado al Norte de Africa por parte de los vándalos, amenazaba a la Galia e Italia por causa de los hunnos, pueblo feroz y belicoso. Esta nacion escita, que había salido del fondo de Asia, se había adelantado hácia el Volga, y al Don, y victoriosa de los alanos y de otros pueblos, se había derramado hasta el Danubio. De 434 a 441, emprendieron bajo su rey Atila expediciones hasta la Escandinavia, oprimieron al imperio de Oriente, desde 447, y desde 450 al de Occidente. En la primavera de 451, Atila salió de la Pannonia con un ejército de setecientos mil hombres, y forzó a los alema-

nes y otros pueblos a aliarse con él, devastando y saqueando gran número de ciudades, como Tréveris, Maguncia, Worms, Spira, Strasburgo y Metz.

Cerca de Châlons-sur-Maine, empenó con los romanos, visigodos y sus aliados, una sangrienta batalla, en la cual quedó indecisa la victoria. San Lupo, obispo de Troyes, impuso respeto al fogoso conquistador con su firmeza y le obligó a retirarse a Pannonia. En 452 Atila marchó sobre Italia, sitió a Aquilea y la destruyó por completo. Muchos habitantes de la Italia septentrional se refugiaron en las islas del mar Adriático, inhabitadas en su mayor parte, y echaron sobre las lagunas los fundamentos de Venecia, cuya prosperidad había de ir acrecentándose de día en día. Atila se dirigió hácia el Oeste, atravesando Vicenza, Padua, Verona, Milan, y se disponía a penetrar en Roma cuando fué detenido por la actitud y las severas advertencias del gran papa San Leon, a quien Roma fué deudora de su salvacion.

Atila abandonó la Italia, hizo todavía una expedicion contra los visigodos de la Galia, y murió poco tiempo despues. Con él cayó el poderio de su pueblo. Entre sus hijos estalló una disputa por la division del Imperio, y las tribus oprimidas, sobre todo los gépidos y ostrogodos, se aprovecharon de ella para sacudir el yugo. Los hunnos fueron en su mayor parte rechazados hácia el mar Negro y perdieron toda su importancia.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 6.

Am. Marcellin., lib. XXXI, cap. II; Priscus, *Excepta de legat.*, edic. Bonn., p. 170 y sig.—Jornand., loc. cit., cap. xxxiv y sig.; xlii; Prosper. Marcellin. *Idac.*, in Chron.; J. de Guignes, *Historia general de los hunnos*, en aleman, por J.-K. Dahnert, Greifswalde, 1768 y sig.; Zeutz, *Die Deutschen und Die Nachbarstämme*, Munich, 1837; Thierry, *König Atila, u. seine Zeit.*, Leipzig, 1852; Neumann, *Die Völker des südl. Russland*, 2.ª ed., Leipzig, 1850. La célebre intervencion de Leon I cerca de Atila, es tambien mencionada por los obispos de Oriente en una carta dirigida al papa Simmaco, en 512 (Thiel, *Ep. xii*, cap. 8, p. 714): «Leo archiep. ad Attilam tunc. erroneum barbarum per se currere non duxit indignum, ut captivitatem corrigeret corporalem, nec tantum christianorum, sed et judaeorum ut credibile est, atque paganorum.» Cf. Prosp. Chron.; Baron., an. 452, n. 58.

Caída del imperio romano en Occidente.—Odoacro.

7. El Imperio romano de Occidente, profundamente quebrantado por las expediciones de los hunnos, perdió su principal apoyo por la muerte del prudente Aecio (454). Asesinado tambien Valentiniano III (455) por instigacion de su sucesor Petronio Máximo, y habiendo obligado éste a la emperatriz viuda Eudoxia a casarse con él, la Emperatriz,

para vengarse, llamó de Africa al rey Genseric, que entregó á Roma al saqueo durante quince días, pero sin causar muertes ni incendios. También esta vez Leon el Grande salvó á la ciudad de la ferocidad de su vencedor. Los príncipes de Occidente, que sólo eran fantasmas de emperadores, se sucedían con rapidez, siempre amenazados de la guerra ó de la rebelión. En fin; en 476, Odoacro, rey de los hérulos, destruyó el Imperio romano de Occidente, deponiendo á su último emperador Rómulo Augústulo, y tomó para sí el título de rey de Italia.

Odoacro, ántes de su expedición á Italia, había visitado en su celda, cerca de Viena, á San Severino (que murió en 482), sumamente venerado por sus milagros y tenido en grande estimación por muchos príncipes bárbaros, especialmente por Gibuldo, rey de los alemanes. San Severino había predicho á Odoacro que llegaría á ser un héroe lleno de gloria, y que distribuiría pronto tesoros á muchos. Odoacro, áun permaneciendo arriano, demostró mucho respeto á la Iglesia católica, conservó la mayor parte de las antiguas instituciones, y dejó á algunos Obispos, como San Epifanio de Pavia, que vivió igualmente bajo otra dinastía, una grande influencia. Sólo fué duro y arbitrario en algunos casos excepcionales. En 489, á instancias de Zenon, emperador de Oriente, y de Federico, príncipe de los rugienos, cuyo padre había muerto combatiendo contra Odoacro, Teodorico, rey de los ostrogodos establecidos entre el Danubio y el Save, y que había sido educado en Constantino-pla, penetró en Italia, se apoderó de muchas ciudades y deshizo en diversos encuentros los ejércitos de Odoacro. En 493, cuando Rávena se vió obligada á abrir las puertas al vencedor, el arzobispo Juan negoció un convenio que concedía al vencido la vida y la libertad. Este tratado fué en seguida roto por Teodorico.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 7.

Procop., *Bell. Vand.*, I, 4 y sig.; *Bell. goth.*, I, 1 y sig.; Sidon. *Apoll. Panegy.* Aviti, 442 y sig.; *Jorn.*, cap. LVII y sig.; *Idac.*, *Chron.*, Vita S. Severini, auctore Eugippio discipulo (*Acta sanct.*, t. I, jan., p. 483; ed. Kerschbaumer, Schaffh., 1802, et Friedrich, K.-G. *Deutschl.*, t. I, append., p. 439 y sig.; en aleman, con introduccion por G. Ritter, Linz, 1853; Friedrich, op. cit. p. 36 y sig., 358 y siguiente.; Stollberg-Kertz, XVII, p. 421 y sig., 474 y sig.; *Epiph. Eicin.*, Vita scripta ab Ennodio, Gall., XI, 145 y sig.; Troya, loc. cit., I, XXX, § 42 y sig.; vol. II, I, p. 305 y sig.; lib. XXXI, § 3, p. 314; Klapper, *Theoderici M. Ostrogoth. regis contra calumniatorum insimulationes defensio*, Aix-la-Chapelle, 1858; Reumont, II, p. 12.

Dominacion de los ostrogodos en Italia.

8. El nuevo reino de los ostrogodos, que con Italia y la Sicilia comprendía la Recia, la Norica, la Panonia y una gran parte de la Dal-

macia, fué poderoso y respetado en el exterior bajo Teodorico. Aunque el Rey y sus godos estaban adheridos al arrianismo, este príncipe dejó á los romanos subyugados sus leyes é instituciones. A fines de su reinado hizose receloso y tiránico, condenó á muerte al sabio Boecio y á su suegro Simmaco, é hizo morir en prision al papa Juan I. Despues de él (526) el Imperio tocó á Eutarico, marido de su hija Amalasueta y á su hijo Atalarico. Muerto Eutarico (553), Amalasueta se casó con su sobrino Teodato, que la hizo asesinar. El emperador Justiniano le declaró la guerra. Los godos, bajo sus valientes reyes Vitiges (desde 536), Totila (desde 543), que manifestó gran respeto á San Benito, y luégo bajo Teias, hicieron todavia vigorosa resistencia, pero sucumbieron al fin en 563, y la Italia vino á ser con la Dalmacia una provincia del Imperio romano de Oriente, cuyo gobernador (exarca) residía en Rávena. Narsés, el primero de estos exarcas, se hizo de tal modo odioso por sus vejaciones y avaricia, que los italianos pidieron su destitucion á Justino II. Irritado Narsés de estas quejas, despues de la llegada de su sucesor Longino, invitó á Alboin, rey de los lombardos, á usurpar el soberano poder en Italia.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 8.

Cassiod., *Var. ep.*, lib. XII, *Chron.*, Migne, t. LXIX; Procop., *Bell. goth.*; Agathas, *Hist.*, lib. I, cap. VIII y sig.; Vita S. Bened., cap. XIV y sig.; Greg., *Dial.*, III, 58. Véase más arriba II, § 292; Baron., an. 504, n. 4 y sig.; Manso, *Gesch. des ostgoth. Reiches*, Breslau, 1824; Sartorius, *Gesch. der Ostgothen*, traducida del francés, Hamburgo, 1811; Troya, loc. cit., lib. XXXII, § 15; lib. XXXIV, § 5 y sig.; lib. XXXV, § 18, vol. II, I, p. 452, 493, 580; Du Roure, *Historia de Teodorico el Grande*, Paris, 1846, 2 vol.; Papencordt, *Gesch. der Stadt Rom*, Paderborn, 1857, p. 62 y sig.; Gregorovius, *Gesch. der Stadt Rom*, in *M.-A.*, I, p. 273 y sig. Sobre la aplicacion del derecho romano, Gelas., *Fragm.*, XII, página 489, ed. Thiel: « Teodorico regi. Certum est magnificentiam vestram leges Romanorum principum, quas in negotiis hominum custodiendas esse praeceptum, multo magis circa reverentiam beati Petri apostoli pro suae felicitatis augmento velle servari. »

Los lombardos.

9. En 526 los lombardos habian recibido de Justiniano dominios en Pannonia bajo la condicion de que protegiesen la frontera contra los gópidos. Vencieron á éstos, efectivamente, en muchas batallas, así como en otro tiempo habian apoyado á los griegos contra los godos. Eran en parte arrianos y en parte paganos, y además excesivamente crueles. En 568 Alboin atravesó el Friul con su ejército, se apoderó de Milan y luégo de Pavia, á la cual hizo la capital de su nuevo Imperio. No tardó en subyugar la Italia septentrional, y ya en 570 los lombardos

avanzaban contra Roma. Las tropas imperiales obtuvieron pocas ventajas y los católicos estaban en una situación lamentable. Poco tiempo despues murió Alboin asesinado y la anarquía estalló entre los lombardos.

Durante la menor edad de Autaris, hijo de Kleph, que habia sido elegido para el trono y asesinado por uno de sus servidores, treinta y seis duques gobernaron en un espacio de diez años. Autaris inauguró su reinado en 585 y se casó con Teodelinda, hija del duque de Baviera. Esta, que era ferviente católica, convirtió á su segundo marido Agilulfo (desde 590), hizo bautizar por un Obispo católico á su hijo Adewaldo y mantuvo relaciones amistosas con Gregorio el Grande. Muchos arrianos se convirtieron entónces al catolicismo, si bien el arrianismo continuó siendo favorecido por algunos príncipes. Hasta 671, en tiempo del rey Grimoaldo no fué definitivamente sustituido por la religión católica. Sin embargo, todavía faltaba mucho para que hubiese cordiales relaciones entre los conquistadores y los vencidos. El deseo de pillaje entre los grandes y la pasión de las conquistas en gran número de reyes alimentaban la aversión de los romanos contra los lombardos. La legislación lombarda de Rotaris (643), completada despues por Luitprando, era demasiado severa en sus disposiciones penales y no exenta de superstición; pero al ménos intentaba restablecer en algo el órden. Snecesivamente fué mejorada bajo la influencia de la Iglesia.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 9.

Procop., *Bell. goth.*, III, 33; Paul. Warnefr., *De gest. Longobard.*, lib. VI (568-744), ap. Murat., *Rec. it. ser.*, I, 1; Greg. M., I, 1, Ep. xvii; lib. IV, Ep. II, IV, XLVIII, V, XXI; IX, XLII, XLIII, XIV, 12; Jaffé, n. 719, 907, 909, 1202 y sig., 1544; Dial., III, 38; Koch-Sternfeld, *Das Reich der Longob. in Ital.*, Munich, 1839; Flegler, *Das Königr. der Longob. in Ital.*, Leipzig., 1851; Papencordt, op. cit., p. 67 y sig.

Los francos.

10. Los únicos entre todos los pueblos germánicos que desde el principio abrazaron la fe católica y continuaron fieles á ella, fueron los francos, que estaban divididos en salios y ripuarios. Los salios se habian fijado en la parte septentrional de la Galia romana, entre el Somma y el Sena. Su rey Clodoveo se apoderó en 486 de lo que quedaba de las provincias romanas en la Galia, y fué el verdadero fundador de la monarquía francesa. Ya su poder se extendía basta el Loira y el Ródano. Era todavía pagano, lo mismo que su pueblo, y mostraba poca inclinación á la religión de los vencidos. En 493 se casó con Clotilde, princesa borgoñona y católica ferviente, que intentó inculcarle su creencia. Un

hijos habian ya recibido el bautismo, y sin embargo, Clodoveo permanecía siempre obstinado. En 496 tuvo lugar un combate, cerca de Tolbiac, entre él y los temibles alemanes que habitaban junto al Mein y en el alto Rhin. Ya temia sucumbir á la preponderancia de sus enemigos, cuando, acordándose de pronto, invocó el auxilio del Dios de su esposa, y prometió, si obtenía la victoria, hacerse bautizar. Venció y cumplió su palabra.

San Remigio, obispo de Reims, le instruyó con ayuda de Vedaste de Toul y le bautizó, junto con otros tres mil guerreros, en medio de la mayor solemnidad. Era el día de Navidad. La conversión de Clodoveo es, por sus consecuencias, uno de los mayores acontecimientos de la historia del mundo. Su importancia no se ocultó al papa Anastasio II, (que felicitó al nuevo rey católico y le exhortó á perseverar en el bien), ni á los Obispos de la Galia.

La unidad de religión valió al poderoso monarca la adhesión de los galo-romanos, incluso los que habitaban en los reinos de los borgoñones y visigodos. En 507, Clodoveo derrotó al rey Alarico II, y convocó en 511 el primer concilio de Orleans llamando no sólo á los Obispos franceses, sino á los del país de los visigodos que acababa de conquistar.

Personalmente, Clodoveo se mostró desleal y bárbaro hasta con sus más próximos parientes; pero su conversión no por eso dejó de ser el punto de partida de las más grandes transformaciones. El poderoso imperio que dejó á sus hijos al morir (511), no cesó de acrecentarse, á pesar de todas las divisiones; en 527 obtenía la Turingia, en 534 el reino borgoñon, y más tarde la Baviera. El hijo mayor de Clodoveo, Thierry, reinó en la parte oriental (Austrasia) y residió en Metz; los tres más jóvenes, Clodomiro, Childeberto y Clotario, en la parte occidental (Neustria) y residieron en Paris, Orleans y Soissons.

Despues de la muerte de Clodomiro, sus dos hermanos más jóvenes se dividieron su territorio; Clotario (que murió en 568) reunió por poco tiempo todos los dominios francos; pero despues hubo una nueva distribución entre sus cuatro hijos. Las divisiones continuaron así hasta que Clotario II, en 613, absorbió de nuevo todo el territorio de los francos. Mientras la discordia y el amor á los placeres reinaban entre estos príncipes, el pueblo se entregaba secretamente á la idolatría y desertaba del cristianismo. Por esta causa muchos Obispos llenos de celo tuvieron que sostener por largo tiempo rudos combates, á fin de establecer progresivamente un órden de cosas más regular. Gregorio, obispo de Tours (muerto en 595), ha descrito hasta 591 los sucesos de la historia franca. Las leyes de cada tribu fueron puestas por escrito, y los Obispos cele-

braron numerosos concilios. Dagoberto I (622-638) fué, al menos en los primeros tiempos de su reinado, uno de los mejores príncipes. Los misioneros obtuvieron con frecuencia el concurso de los reyes francos. El arrianismo se había extinguido en la Galia septentrional y meridional.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 10.

Duchesne, *Hist. Franc. script.*, Paris, 1836-49, 5 vol.; Bouquet, *Colección de los historiadores de la Galia*, Paris, 1733-1855, 21 vol. — Greg. Tur., *Hist. Franc.* (Bouquet, II, 75 y sig.; Migne, t. LXXI, en alem., Wurzbl., 1848; Berlin, 1851; sobre todo lib. III, cap. xxix y sig., xl y sig., continuada por Fredegario hasta el 641 (ed. Ruimart, Paris, 1699, en fol.); Anastas. II, P., Ep. II ad Chlodow. reg., p. 623, ed. Thiel; Avitus Vienn., Ep. xli. (Sobre la leyenda de la paloma que había traído del cielo el óleo santo para la unción del rey, véase Hincmar, *Rhem.*, Vita S. Remig., c. III; Migne, t. CXXV, p. 1161. Véase v. Murr, *Die hl. Ampulle zu Rheims*, Nürnberg, 1801; Leibn., *De orig. Francor. post Ecardi* ed. leg. sal. et rip., Francof., 1720, en fol.; Rettberg, K.-G. Deutschl., I, p. 258 y sig.; Friedrieb, K.-G. Deutschl., II, p. 57 y sig.; Ozanam, *La civilización cristiana entre los francos*, Paris, 1848; Alberdingk-Thijm, *los hijos primogénitos de la Iglesia*, (Revista belg. y extranj., Bruselas, 1861); Gay, *Santa Clotilde y los orígenes cristianos de la nación y monarquía francesa*; Bouquette, *Santa Clotilde y su siglo* (ambos, Paris, 1867); Jungbans, *Gesch. der fränkischen Könige Childerich und Chlodwig*, Gött., 1857; Bornhaek, *Gesch. der Franken unter den Merowingern*, Greifsw., 1863. Sobre las costumbres paganas, Childerb. I, L. de abolendis idololatriæ reliquis, 554-558 (Baluz., Capit. I, 5; Pertz, Leg. I, p. 1); Greg. Tur., *Hist. Fr.*, VIII, 15; Mabill., *Ann. O. S. B.*, I, 683; Conc. Aurel., II, 533, can. xx; Tarou., II, 567, c. xxii; Antissiod., 578, can. I; Narbona, 589, can. xiv, xv.

Conversion en las islas británicas. — San Patricio.

11. Mientras que la religion cristiana era conocida en la Gran Bretaña desde la mitad del siglo II, no encontraba acceso en Irlanda y Escocia. En 431 el papa Celestino envió a Irlanda (Erin) a Paladio, que acababa de ser ordenado Obispo, con cuatro misioneros. Paladio encontró allí algunos cristianos, pero poca actividad. Se retiró al Norte de Escocia, donde murió poco tiempo despues. El verdadero apóstol de Irlanda fué San Patricio, que nació en 887, de una familia cristiana y estimada, probablemente oriunda de la Picardia. A los diez y seis años fué cautivado con muchos de sus compatriotas por piratas escoceses, llevado al Norte de Irlanda y vendido a un jefe de tribu que le confió la guardia de sus rebaños. Patricio se aficionó a la soledad y se aprovechó de ella para entregarse a profundas reflexiones. La oracion y la meditacion eran su único placer. Diez y seis años despues, a consecuencia de una vision, huyó por la parte del mar, encontró un navío que iba a darse a la vela y volvió al seno de los suyos despues de haber experimentado muchas veces los efectos de la proteccion divina. Fué vuelto a cautivar por piratas

escoceses, y al cabo de sesenta días recobró la libertad por los buenos oficios de algunos mercaderes cristianos.

Sus padres, despues de tan crueles pruebas, deseaban que permaneciese a su lado y no los abandonase; pero él oía en el fondo de su alma como una voz que le decia que fuese a predicar el Evangelio a los paganos de Irlanda. Muchas veces en sus visiones nocturnas le parecia escuchar a irlandeses que le conjuraban con lágrimas y las manos extendidas, a que volviera entre ellos. Luchó largo tiempo consigo mismo y con sus padres; aumentaba su resistencia el recuerdo de la crueldad de los irlandeses y la perspectiva de una vida dulce y cómoda. Resolvió, en fin, despues de haber acabado su instruccion en los conventos de la Galia, en Marmoutier y Lerins, y de recibir los consejos de San German, obispo de Auxerre (que murió en 448), solicitar en Roma los poderes necesarios para evangelizar a Irlanda.

Consagrado Obispo en las Galias, Patricio llegó a la Isla Verde en 432. Aunque familiarizado con la lengua y costumbres del pais, encontró al principio grandes dificultades. Recorriendo la isla en todas direcciones, reunía a su alrededor al són de la trompeta y en medio del campo a multitud de pueblos, a los cuales contaba la vida y muerte del Salvador. Obró numerosas conversiones, no sin atraerse el odio de los bardos y de los sacerdotes, que sublevaron contra él al pueblo; mas nada pudo arredrar a nuestro Santo. Ganó a unos con la dulzura y con su afable lenguaje, a otros por medio de regalos, y continuó desplegando su infatigable celo. Pasando con frecuencia de una parte de la isla a otra, propagó el amor de la vida monástica, que comunicó a los hijos é hijas de las más nobles familias. Convirtió tambien a un bardo, que con sus cantos religiosos ayudó mucho a los progresos del cristianismo en este pueblo apasionado por la música. Patricio se dedicó a formar buenos apóstoles, fijó su residencia en Armagh, que llegó a ser la metrópoli de la isla, y celebró algunos concilios.

Tuvo tambien que sufrir más tarde el pillaje y el cautiverio; pero el sufrimiento era una delicia para él, y la Providencia, por lo demás, no cesaba de velar sobre su vida. Jamás se permitía, ni aun por corto tiempo, abandonar a su rebaño, por más que fuera grande su deseo de volver a ver a sus amigos de la Galia y de la Gran Bretaña. Llegó a una edad muy avanzada y murió en 465 (segun otros en 493). A su muerte, Irlanda poseía ya muchos Obispos y gran número de sacerdotes y monjes. Los conventos fundados por él llegaron a ser asilos de la ciencia y planteles de la fe para muchos pueblos todavía paganos. Santa Brigida fundó conventos de mujeres hacia 496. Los más ilustres de sus discípulos fueron Benen ó Benigno, arzobispo de Armagh, Cieran, ar-

zobispo de Clonmacnois, y más tarde San Finieno, obispo de Clonard (muerto en 552). La Irlanda tuvo así desde el principio el raro privilegio de ser llamada la isla de los Santos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO II.

Prosper., Chron., part. II, p. 309, ed. Canisii. — Basn., Beda, Hist. eccl. gent. angl., I, 4, 13; S. Patricii Opusc., ed. Waræus, Lond., 1658; Gallandi, X, 159 y sig.; Acta sanct., t. II, mart., p. 533 y sig.; febr., t. III, p. 131, 179. Cf. Bibl. Patr. max., Lugd., VIII, 875. Catálogo de los Santos, en tres clases, en Usher, Brit. eccl. antiq., Lond., 1687, p. 913 y sig. Concilios, en Mansi, VI, 313-538; Hefelé, II, p. 565 y sig.; Rohrbacher-Rump, IX, p. 34-47; Greith, Die altirische Kirche, t. I, Fribourg, 1867, p. 25 y sig.; Th. Moore, Hist. of Ireland, Paris, 1835; en alemán por Klee, Maguncia, 1867; Lanigan, Eccl. history of Ireland, 2.^a edición, Dublin, 1829; Cotton, Fasti eccl. Hibern., Dublin, 1845-60, t. V. Según unos, San Patricio había nacido en Irlanda misma; según otros, en Pembrookshire, en Wales; según otros, en Cornwall; según Usher, Colgan, Neander (I, 474), en el pueblo de Bonnaven, en el Norte de la Gran Bretaña, entre las poblaciones escocesas Glasgow y Dumbrition; esta ciudad habría recibido más tarde el nombre de Kil (Kirk) Patricio, en recuerdo suyo. Según O'Sullivan, Dempster, Lanigan, Th. Moore, Ritter, Greith (p. 95), habría nacido en Boulogne-sur-Mer, en Picardía. Según otros, en fin, Patricio sería belga de origen (Drellinger, Manuel, I, p. 63). El año de su nacimiento está colocado por Usher en 372; por los bolandistas en 377; por Tillemont en 393-415; por la mayoría en 387. Se cree generalmente que murió en 465; según Greith, p. 137 y sig., en 493. Sobre Santa Brígida, véase Acta sanct., febr., I, p. 60.

Los escoceses.

12. Los pictos que habían emigrado de Noruega al Norte de Bretaña, la Escocia actual, fueron convertidos en 412 por Ninieno, obispo breton. Más tarde este país fué visitado por Gildas, que penetró también en otras comarcas. Los caledonios, pueblo de origen celta, colocado al Norte de los escoceses, así como los habitantes de las islas Hébridas, no recibieron el Evangelio hasta 563. Les fué anunciado por Columbano, monje irlandés, que arribó a la isla de Hy con doce discípulos y fundó allí un convento célebre, que convirtió poco á poco todo el país.

Esta isla fué dada á Columbano por Conall, rey de los escoceses albanos, y sirvió por mucho tiempo para lugar de sepultura de los reyes de Escocia. Columbano bautizó al rey Brid (ó Brud) y á su pueblo, fundó además muchos conventos y dejó á su muerte (597) una multitud de religiosos que predicaron con ardor la buena nueva del Evangelio. Sus sucesores los abades de Hy llegaron á ser muy poderosos y ejercieron también alguna autoridad sobre los Obispos de los escoceses y pictos en el Norte de la Bretaña y en las islas Hébridas. San Kentigern, obispo de Glasgow (que murió en 601) envió á otros puntos numerosos misioneros.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 12.

Beda, III, 4; Vita S. Columb.; Canis, Lect. ant., I, p. 675 y sig.; Mabl., Acta sanct. O. S. B., t. I: Acta sanct., 9 Jun.; Greith, op. cit., p. 157 y sig.

Los anglo-sajones.

13. En la Inglaterra propiamente dicha, el cristianismo se había propagado hacía ya mucho tiempo entre los antiguos bretones. Estos, después que los romanos los habían abandonado, no se encontraban ya en situación, á causa de sus divisiones intestinas, de defenderse contra las incursiones de los pictos y escoceses. En 449 llamaron en su ayuda á los anglo-sajones, que habitaban el Norte de Alemania. Los anglo-sajones se apoderaron por su cuenta de la parte meridional y central de la isla, hicieron á los bretones una guerra de destrucción implacable y los rechazaron cada vez más á las regiones del Oeste. Muchos bretones se refugiaron en la Galia y se establecieron en la Armórica, á la cual dieron el nombre de Bretaña.

Gales y Cornualles siguieron siendo las principales residencias de la antigua tribu céltica, que poseía allí todavía á principios del siglo VI conventos florecientes, príncipes religiosos, excelentes Obispos, tales como San David, arzobispo de Menevia (muerto en 544), San Dubricio, que hacía 522 murió de solitario en la isla de Bardsey, su discípulo Theliao (muerto en 560), San Udoecio, San Paterno, Daniel, Gondelo, Cador, Ituto, etc. En cuanto al antiguo clero breton, lejos de concurrir á la conversión de los anglo-sajones, volvió poco á poco á la primitiva barbarie en las provincias ocupadas por los conquistadores. El odio nacional entre vencedores y vencidos era en extremo vivo; los vencedores trataban á los vencidos como esclavos, les impedían reedificar las iglesias arruinadas y perseveraban obstinadamente en el paganismo.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 13.

Beda, I, 15 y sig., 22; Gildas Baedonicus (560-580), De excidio Brit. lib. quæral., ap. Thom. Gale, Hist. Brit. Sax. Angl. ser., XV, Oxon., 1691; Migne, t. LXIX; Usher, op. cit.; Walter, Das alte Wales, Bonn, 1859; Rohrbacher-Rump, IX, p. 26 y sig.

Conversion de Kent y Essex.

14. Lo que el clero breton no podía ni quería hacer, intentó con el más completo éxito el papa Gregorio el Grande á fines del siglo VI. No siendo todavía más que abad, había atraído su atención el pueblo anglo-sajón. Vió un día en un mercado de esclavos á algunos jóvenes vigorosos de esta tribu, y supo que todavía permanecía pagana. Resolvió

trasladarse allá como misionero, y pidió para ello autorización al papa Pelagio II. Pero encontró un obstáculo en el afecto que le profesaban los romanos, y en 590 era elevado á la Silla pontificia. Encargó entonces á los funcionarios que administraban en la Galia los bienes de la Iglesia romana, que comprasen jóvenes anglo-sajones y los enviasen á Roma. Su designio era instruirlos y enviarlos á seguida para que predicasen la fe á sus compatriotas. Sin embargo, como este medio era muy lento y encontraba un motivo de estímulo en el matrimonio de Ethelberto de Kent, rey anglo-sajon, con Berta, princesa franca y cristiana, en 596 envió á la Bretaña, donde los anglo-sajones habian establecido de siete á ocho reinos independientes, al abad Agustin con treinta y nueve religiosos de Roma.

Durante su viaje á través de la Francia, los monjes recibieron noticias tan espantosas acerca de la barbarie del pueblo que iban á convertir, que resolvieron pedir al Papa permiso de volver á Roma. Gregorio persistió en su propósito. Dirigió á los misioneros cartas de recomendacion para los Príncipes y Obispos de la Galia, y les aconsejó llevar consigo intérpretes del pais. Llegaron en 597 á la isla de Thanet y obtuvieron del rey Ethelberto, favorablemente dispuesto por su esposa, el permiso de predicar en el pais. El pueblo les escuchó con mucha atencion; el desinterés, las costumbres austeras de estos sacerdotes extranjeros movieron los corazones. Aumentó el número de catecúmenos y el 2 de Junio de 597 el rey mismo se hacia bautizar.

Gregorio continuaba con sus cartas dirigiendo la mision con mucha prudencia y reserva. Se evitó, conforme á sus instrucciones, destruir los templos de los paganos limitándose á convertirlos en iglesias cristianas; los festines de los sacrificios no fueron formalmente prohibidos, pero se los celebró como comidas de accion de gracias en honor del Altísimo, á la manera de los antiguos agapes, dando asi una significacion cristiana á multitud de costumbres que en si no eran ilicidas. Estas medidas, inspiradas por las reglas de una sabia pedagogía, hicieron impresion en la multitud, siempre cautivada por todo lo que hiera la vista. Kent vino á ser el foco del cristianismo para los paises del contorno.

El feliz éxito de sus primeros esfuerzos determinó al abad Agustin á dirigirse á la Galia, donde recibió, con asentimiento del papa Gregorio, la consagracion episcopal de manos del arzobispo de Arlés, vicario apostólico. Ya en 597, el dia de Navidad, Agustin bautizaba á diez mil anglo-sajones. Envió entonces á dos de sus compañeros, el sacerdote Laurencio y el monje Pedro, para dar cuenta al Papa de sus trabajos, solicitar nuevos operarios y pedirle la solucion de algunas dificultades.

Gregorio les dió excelentes instrucciones sobre la liturgia, sobre el matrimonio de los nuevos convertidos, y sobre las relaciones del nuevo Obispo con el Episcopado francés. Envió además reliquias, ornamentos de iglesia, y, ante todo, nuevos auxiliares.

Metrópolis de Inglaterra.

15. Despues que Agustin obtuvo nuevas y más brillantes ventajas, Gregorio le envió en 601 el palio arzobispal y prescripciones sobre la jerarquía anglicana. Decidió que Inglaterra tuviese por metrópolis á Londres y á York, cada una con doce obispados. Agustin debía ser, durante su vida, primer metropolitano, y despues de su muerte tendria la preeminencia, por sus servicios, el Arzobispo más antiguo. Siendo entonces Dorovernum (más tarde Cantorbery) la capital del pais, Agustin fijó allí su Silla, y Cantorbery conservó desde entonces la categoria de metrópoli. El Papa envió presentes y cartas á Ethelberto, que trabajaba igualmente en los intereses de la fe. Este príncipe otorgó generosamente un sitio para la construccion de la iglesia metropolitana y se encargó de su dotacion.

Entretanto, Mérito, enviado por el Papa á Essex, obtenia allí los más ópimos frutos. En 604 bautizó á Sabereth, Rey de este pais, y fundó el obispado de Lóndres, cuya silla fué el primero en ocupar. Mientras vivieron estos dos Reyes, la Iglesia anglo-sajona hizo continuos progresos. Desdichadamente sus hijos habian permanecido paganos y llevaban una vida licenciosa. Desde la muerte de Agustin (605-607), las otras misiones no ofrecieron la misma solidez, y bajo el gobierno de los reyes paganos de Kent y Essex (desde 616) la marcha del cristianismo estuvo gravemente amenazada. El obispo de Lóndres, Mérito, fué expulsado. Su compañero Justo, que era ya obispo de Rochester, volvió igualmente á la Galia. Estos dos obispados eran los únicos que habian podido fundarse hasta entonces. Laurencio, sucesor de Agustin en la silla arzobispal, habia tambien perdido toda esperanza, y se preparaba á abandonar la isla. Felizmente la conversion, por decirlo asi, milagrosa, de Eadbaldo, rey de Kent, contuvo el peligro. Laurencio murió en 619; tuvo por sucesor á Mérito, y éste á Justo de Rochester.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE LOS NÚMEROS 14 Y 15.

Beda, I, 23 y sig., 31 y sig.; II, 1 y sig.; Paul. diac., Vita Greg. M., y Greg. M., I, V, Ep. LI-LIV; VI, VII, XXVIII; VIII, XXX; XI, LXLV-LXV; Greg. Tur., IX, 26; Lingard, Antiq. of the Anglo-Saxon church., Newcastle, 1806, 1845, 2 vol.; en aleman por Ritter, Breslau, 1847; Kemble, Die Sachsen in England., en aleman por Brandes, Leipzig, 1853, 2 vol.; Schroedl, Einführung des Christenthums bei den Angelsachsen, Passau, 1840; Tüb. Q.-Schr., 1840, p. 604 y sig. La muerte de Agustin es colocada, ya en 605 (Mæhler-Gams, II, p. 55), ya en 607.

El Nortumberland y otros reinos.

16. Edilberga (ó Etelberga), hija del rey Etelberto, casó con el rey Edwin y admitiendo al obispo Paulino, consagrado por el arzobispo Justo, abrió á la fe cristiana un camino nuevo en el gran reino del Norte, el Nortumberland. El papa Bonifacio intentó convertir al Rey, y su sucesor Honorio hizo todos los esfuerzos por propagar allí y en otros reinos anglo-sajones la religion de Jesucristo. En una asamblea celebrada en 627, el Rey, de acuerdo con los señores, decretó la abolicion de la idolatria y recibió el bautismo con muchos grandes personajes. Paulino fijó su silla en York. El rey Edwin movió tambien á Corpwald, rey de Estanglia, á abrazar el cristianismo; pero éste fué asesinado por los paganos, y pasaron tres años (630) ántes que su hermano Sigeberto, bautizado en la Galia, se ocupase, con el auxilio del obispo Félix de Borgoña, en introducir el cristianismo en este reino (631).

Sigeberto fué el primer Principe anglo-sajon que entró en un convento. Le sucedió Egerico, que fué muerto, así como Sigeberto y el rey Anna (654), durante una incursion de Penda, rey pagano de Mercia. Despues de la muerte del rey Edwin, Paulino, cediendo á la preponderancia de los paganos victoriosos, tuvo que huir á Kent con la reina Edilberga, donde fueron honrosamente acogidos por el rey Eadbaldo y el arzobispo Honorio (despues de 630). Habiendo quedado vacante el obispado de Rochester por la muerte de Romano, su titular, Paulino lo administró hasta su muerte. El papa Honorio (634) habia enviado inútilmente á Paulino el palio arzobispal y fundado la segunda metrópoli de York, reservando el primer lugar á Cantorbéry. Sin embargo, Oswaldo, sobrino de Edwin y cristiano ferviente, obtuvo más tarde la soberania en el Nortumberland, y Aidan, monje irlandés del convento de Hy, que habia sido consagrado Obispo y residía en la isla de Lindisfarne, predicó con religiosos de su orden y obtuvo gran éxito. El rey Oswaldo (muerto en 640) le prestaba en esto útil concurso. Los sajones del Oeste abrazaron el cristianismo en 634. El obispo Birin, enviado por el papa Honorio, predicó en el reino de Wessex. El franco Leuthero ó Eleuterio, continuó como Obispo (670) la obra de la conversion de los sajones occidentales. El rey de Mercia, Penda, que habia oprimido con frecuencia á los reinos cristianos, sucumbió en 685 en su lucha con Oswy de Nortumberland, el cual reunió ambos reinos é hizo ordenar á Diuina de los mercios y de los anglios del centro.

Entre los sajones del Sur, que habitaban el reino de Sussex, no penetró el cristianismo hasta mucho más tarde. El obispo Wilfredo, expulsado de Nortumberland, predicó allí el Evangelio de 680 á 685, y fundó un mo-

nasterio. En el período de ochenta años, todas las tribus de la heptarquía anglo-sajona fueron convertidas al cristianismo por sacerdotes romanos, irlandeses, francos y, al fin, anglo-sajones. En 668, Teodoro de Tarto, monje erudito, fué consagrado arzobispo de Cantorbéry por el papa Vitaliano, que le envió á Inglaterra acompañado del abad Adriano. Allí fundaron escuelas para la enseñanza de la teología, de las matemáticas y de las lenguas clásicas, y formaron una falange de sabios, como el abad Alcuino y el obispo Tobías de York (que murió en 726). Muchos anglo-sajones estudiaron en conventos irlandeses. Relaciones estrechas unian á las iglesias de Irlanda é Inglaterra, y ambas prosperaron en extremo. El arzobispo Teodoro (668-690) visitó las diversas iglesias de Inglaterra, reunió muchos Concilios, favoreció los conventos y se ocupó en la decoracion de las iglesias. Benito Biscop levantó el convento de Weremouth, dedicado á San Pedro, y el de Jarrow, bajo la advocacion de San Pablo, despues de haber dejado el de San Pedro de Cantorbéry bajo la direccion del abad Adriano. Los monasterios se hicieron muy numerosos y ejercieron grande influencia. A menudo Reyes y Reinas concluian en ellos sus dias. El abad Aldhelm estaba al frente del convento de Malmesbury. Evesham y Glastombury, «el convento de los santos», adquirieron igualmente gran fama.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 16.

Beda, II, 9 y sig., 17 y sig.; III, 3 y sig.; IV, 2; Mansi, X, 579 y sig.; Migne, t. LXXX, p. 476 y sig.; Rohrbacher-Rump, X, p. 238-247, 362 y sig., 579 y sig., 465 y sig.

Situacion del antiguo clero breton.—Diversidad de ritos.

17. En todas estas conversiones no tuvo parte alguna el antiguo clero breton; el odio nacional, á falta de otra causa, hubiera bastado para tenerlo retraido. No quiso reconocer la dignidad de Primado que Gregorio el Grande habia conferido al arzobispo Agustin, y opuso á éste invencible resistencia; conocia bien sus imperfecciones y presentia la reforma de que estaba amenazado. Habia además, entre el clero breton y los nuevos misioneros, divergencias de ritos importantes, especialmente sobre el cómputo de la fiesta de Pascua. Sin duda los antiguos bretones no eran cuartodecimanos; celebraban la Pascua en domingo; pero este domingo no era siempre el mismo que el de los romanos. Observaban todavía, como los irlandeses, el ciclo de ochenta y cuatro años. Privados de toda relacion con el resto de la cristiandad por los desastres que habian nacido de la emigracion de los pueblos y por las devastaciones de los anglo-sajones, no habian conocido el ciclo nuevo y más

apropiado, establecido por Dionisio el Exiguo en 525 y generalmente adoptado. En su ignorancia, el nuevo ciclo pascual traído por Agustín á Inglaterra les parecía una peligrosa novedad y lo rechazaban con todas sus fuerzas. Los antiguos sacerdotes bretones no tenían la misma tonsura que los de Roma, la tonsura romana, según se la llamaba. A imitación de muchos monjes, se rasuraban enteramente la cabeza, ó por lo ménos la parte anterior; era, decían ellos, la tonsura de San Pablo ó de San Juan, pero sus enemigos la llamaban la tonsura de Simon el Mago.

Habia igualmente diferencias en la liturgia, en la ordenación de los Obispos, en la administración del bautismo, en el matrimonio, en el celibato, en las Ordenes religiosas. Sin duda, ninguna de estas divergencias afectaba al dogma; si hubiese habido alguna variación en este punto, nunca el arzobispo Agustín, tan delicado en estas materias, habría aceptado el concurso de los bretones para la propagación del Evangelio. El nombre de *Culdái* no permite deducir la existencia de un partido religioso distinto; era la antigua denominación de los sacerdotes bretones (ministros de Dios, *colidei, cultores Dei*). No se puede demostrar que el cristianismo en Inglaterra, ni los antiguos usos bretones provienen del Asia menor. Agustín insistió en la uniformidad en materia de culto y disciplina, porque la diversidad de prácticas exteriores de la religión produce siempre funesta impresión en pueblos groseros y sin cultura.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 17.

Resistencia á la autoridad primacial de Agustín. Beda, I, 29; Greg. Mag., lib. XI, Ep. LXV. Sobre la antigua costumbre de celebrar la Pascua entre los bretones, Beda, III, 4, decía: «Pascha in die quidem dominica, alia tamen, quam deebat, hebdomada celebrabant.» Cf. II, II, 19.

Después del concilio de Nicia, había aún diferentes maneras de calcular el día de Pascua. Roma y Alejandría diferían á causa de sus ciclos (el primero era de ochenta y cuatro años, el segundo de diez y nueve), por ejemplo de 326, 333, 340, 343. El concilio de Sárdica estableció un acuerdo para los cincuenta años siguientes. En 387, Teófilo de Alejandría compuso, á instancia del emperador Teodosio I, una tabla pascual que Cirilo abrevió; fijaba el día de Pascua para una temporada de noventa y cinco años (430-531). En 455, Leon el Grande se ocupó también en reglamentar el día de Pascua (Ep. cxxxvii, cxxxviii, cxlii; Prosp., Chron., an. 455); cedió por algún tiempo á los orientales, después dió un hombre sabio el encargo de fijar este día para lo sucesivo. Su diácono Hilario se adhirió á Victorio de Aquitania, que estableció en 457 nuevas tablas pascuales (Hilar., Ep. II, III, p. 130 y sig., ed. Thiel). Estas tablas se acercaban bastante á la manera de ver de los alejandrinos.

Dionisio el Exiguo ayudó aún en lo sucesivo á esta aproximación. Roma é Italia adoptaron su corrección, con el ciclo de noventa y cinco años. La Galia conservó el cánon de Victorio; los bretones, el ciclo de ochenta y cuatro años con las

correcciones de Sulpicio Severo. Hefélé, Concilios, I, p. 315 y sig.; Rossi, Inscript. urb. Romae, t. I, p. LXXXVII; Piper, Carls d. Gr. Katendar u. Osterfahel, Berlin, 1858. Contra los que pretenden que el cristianismo fué llevado del Asia Menor á los bretones, se alega el uso constante de celebrar la Pascua en domingo, las palabras de Constantino el Grande sobre la conformidad de la Bretaña con otros países en este punto (Eus., V. C., III, 19; Socr., I, 9), conformidad que no podía venir más que del empleo del ciclo de ochenta y cuatro años, usado en Roma; las variaciones poco importantes en la liturgia, no son más grandes que las que se encuentran hasta el siglo oncenno en otras iglesias de Occidente.

Sobre la tonsura. Beda, V, 21. Cf. Paulin. Nol., Ep. vii. Sobre los «Culdei, Keldci, Kyledei, Colidei — «id est cultores, servi Dei» — véase Hector Boeth., Hist. Scot., lib. VI, p. 65; Gieseler, K.-G., I, II, p. 461, 4.^a ed.; Braun, De Culdaeis Comment., Bonn., 1840. Contra Ebrard (Die culdeische Kirche des 6, 7 u. 8. Jahrh., en Niederr., Ztschr. f. hist. Theol., 1862; K.-G., II, 333 y sig.); véase Schwab (Esterr. Vierteljahrscr. f. Theol., 1865, I); respuesta d'Ebrard (Ztschr. f. hist. Th., 1875, IV), después de la muerte de Schwab; no presenta razón alguna decisiva.

18. Las asambleas celebradas en 601 para resolver si se había de reconocer á Agustín, quedaron sin resultado. El odio que se sentía contra los anglo-sajones parecía refluir sobre estos sacerdotes extranjeros. Agustín declaró al antiguo clero breton que, puesto que rehusaba llevar la vida á los anglos, éstos les llevarían la muerte. Poco tiempo después, Edelfriedo, rey de Nortumberland, condenó á muerte á mil doscientos monjes que habían tomado parte en la guerra contra él, y mandó destruir hasta los cimientos el convento de Brangor. En este intervalo, á consecuencia de negociaciones con la Santa Sede, el ciclo pascual de Roma fué adoptado sin resistencia en el Sud de Irlanda (después de 633).

En el Norte, donde los monjes de Hy ejercían grande autoridad, subsistió mucho más tiempo el antiguo uso. En el Nortumberland, que tuvo sucesivamente tres Reyes irlandeses, uno de éstos celebraba la Pascua según el cómputo de los irlandeses; los otros dos según el de los romanos. En 664 tuvo lugar una discusión sobre este punto en Stranaeshalch Whitby, no lejos de York (*synodus pharensis*), en presencia de Oswy, rey de Nortumberland, de su hijo Alchfrid y de la célebre abadesa Hilda. Oswy concluyó por declarar que era preciso abrazar la práctica de Roma, á causa de la autoridad de Pedro, príncipe de los Apóstoles, y de su Silla. Se aceptó también allí la tonsura romana. Colman, obispo de Lindisfarn, prefirió renunciar el obispado más bien que ceder, y volvió á Irlanda. En fin, gracias á los esfuerzos del abad Adamán, el ciclo romano fué introducido en 703 en el Norte de Irlanda, y después en el convento de la isla de Hy, en 716, por influjo de Egberto, sacerdote de Inglaterra. En 729 la unidad estaba por todas partes restablecida.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 18.

Beda, II, 2; III, 25; V, 15 y sig., 22 y sig.; Hételé, III, p. 58 y sig., 98. Entre los Santos, es preciso nombrar sobre todo: á Edelburga, esposa de San Eduardo, rey de Northumberland, 625 (Beda, II, 9, II, 20); el rey Oswald, v. 634; San Fursio (Beda, III, 19); los Santos de Lindisfarne (Pagi, an. 634, n. 7).

Los cristianos en Alemania ántes de San Bonifacio. — Los cristianos bajo los germanos. — Severino y Valentino.

19. En los siglos VI y VII la mayor parte de Alemania era aún pagana. Las instituciones cristianas habían sido allí abolidas durante el siglo V, y no subsistían de ellas más que leves reliquias. Y, sin embargo, la población estaba llena de respeto hácia la religión y sus ministros; á pesar de todos sus vicios, como la embriaguez y la pasión del juego, no carecía de virtudes naturales, y parecía en sumo grado apta para recibir la buena nueva de salvación. Los germanos, diseminados en multitud de pueblos y de pequeños distritos, medianamente unidos en los tiempos de peligro, pero en los demás completamente separados unos de otros, no podían aliarse de un modo estable sino bajo la acción del cristianismo.

Había, sobre todo, cristianos en las comarcas del Rin y del Danubio, en la Norica, la Recia y la Helvecia; pero el número de Obispos y sacerdotes era aún muy limitado. Misioneros irlandeses y bretones fueron principalmente los que emprendieron la conversión de esta multitud de paganos, al mismo tiempo que fundaron entre ellos numerosos monasterios. Al Sudeste de Alemania, en la Norica y la Recia, dos Santos se encargaron de evangelizar á estos pueblos: San Severino (murió en 482), que instruyó cerca de Fabiana (no léjos de Viena) á numerosos discípulos, grande figura histórica y consolador de las provincias abandonadas por los romanos; San Valentino, belga de origen, Abad y Obispo, que con asentimiento del papa Leon I se hizo más tarde mensajero de la fe entre los tirolenses. El obispado de Lorch (Laureacum) fué mantenido, pero separado de Aquilea hácia 540, y reunido á la iglesia de la Galia. Pettau tuvo el mismo destino. Salzburgo, Passau, Augsburgo, Ratisbona y Seeben tenían sacerdotes cristianos; pero es imposible establecer la sucesión de los Obispos en estos tiempos tan remotos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 19.

Sobre el conjunto, Hansiz, S. J., Germania Sacra, Aug. Vindel., 1727 y sig.; Viena, 1755, t. I-III; S. Calles, S. J., Annales Ecc. germ., Vien., 1756 y sig., t. VI, en fol.; Ussermann, Mon. rer. Alem. illust., S. Blas. en 4.º, t. II; Gallia christiana op. monach. e congr. S. Mauri, t. IV; Jos. v. Hormayr, Wien, seine Geschichte u. Denkwürdigkeiten, t. I, p. 112 y sig.; A. Muchar, Das rom. Nori-

kum, Gratz, 1826; Klein, Gesch. des Christenth. in Oesterr. u. Steiermark, Viena, 1840; J.-W. Rettberg, K.-G. Deutschlands, t. I, II, Götting., 1846-48; W. Krafft, Die Anfänge der christl. Kirche bei den german. Völkern, t. I, Berlin, 1854; K. Hiemer, Gesch. der Einführung des Christenth. in den deutschen Landen, Schaffh., 1857 y sig., 1.ª part.; Ozanam, Etablissement du christianisme en Alemania, Paris (en aleman, Munich, 1845), Comp. Hist.-pol. Bl., t. XVI, p. 412-420; Friedrich, K.-G. Deutschl., t. I, Bamberg, 1867, 2 vol., 1.ª parte, ibid., 1869 (incompleta); Al. Huber, Gesch. der Einführung u. Verbreit. des Christenth. in südeatl. Deutschl., Salzburgo, 1873.—Die irland. Missionare, en Bonner Ztschr. f. Phil. u. kath. Theol., 1843, cuad. I-III. Detalles en Damberger, Fehr, Cantü, Phillips, Weiß, y los protestantes Leo, Schlosser-Krieg, Heeren y Uckert, Wachsmuth. Sobre Severino, véase más arriba, ad § 7; sobre Valentin, Friedrich, I, p. 337 y sig.; sobre Lorch y Petau, ibid., I, p. 343-358.

Los alemanes. — Fridolin. — Columbano y Gall.

20. Los alemanes, que se iban apartando del paganismo desde que los francos los habían subyugado, fueron visitados por San Fridolin (que murió en 530), el cual había ya desempeñado ántes sus apostólicas tareas entre los arianos de la Galia. Fridolin, irlandés de origen, fundó dos conventos en Seckingen, junto á Basilea, y obtuvo grandes ventajas en el alto Rin. Había aún en Vindonissa (Windisch, canton de Argovia) una Silla episcopal, cuyos obispos, Butulco (517) y Gramático (535 á 549) son mencionados por Concilios de la Galia. La Silla fué trasladada á Constanza en tiempo del obispo Máximo (hácia 550). En Strasburgo y Coira, donde San Fridolin construyó iglesias en honor de San Hilario, había igualmente Obispos en el siglo VI; lo mismo en Basilea Augusta al principio del VII. Los cristianos de Avenche (Avenche, cerca de Berna), de Sion (Octodorum) en el Valais, y de Ginebra, estuvieron, segun parece, privados de Obispo por mucho tiempo. Otra causa que contribuyó mucho á la conversión de los alemanes fué la legislación de los reyes francos, establecida bajo los hijos de Clodoveo y aumentada bajo Clotario II y Dagoberto I. La Suabia, la Alsacia y una parte de Suiza entraron sucesivamente en la Iglesia.

Hácia 610, Columbano (Columbanus) y Gall, que habían salido del convento de Baregor, en Irlanda, llegaron al país de los alemanes, que habitaban sobre las orillas del lago de Constanza. Abandonando su patria con once monjes animados del mismo ardor (ántes de 594), habían predicado en la Galia, y despues se habían fijado en una comarca salvaje del país de los Vosgos, en la fortaleza casi abandonada de Anagrates (Anagrey). Habían reunido discípulos y fundado en Borgoña el convento de Luxeuil (Luxovinum). Arrojadados de este país por la odiosa y vengativa Brunequilla, que favorecía los desórdenes de su hijo Thierry II y explotaba la aversión del clero francés contra el rito irlandés,